

lado, el coronel inglés Murray. Lograron sus copartidarios de la localidad fraguar la fuga del preso, y cuando éste se hallaba a regular distancia de la cárcel, se detuvo y dijo a su guía:

—“Me vuelvo”.

—“¿Por qué?”

—“Porque se me quedó mi ruana”, respondió el coronel.

Don Ernesto Bourgarel fue un distinguido francés que tuvo, durante varios años, la representación diplomática de su país en Colombia. Retirado ya de la carrera, vivía en su bella quinta de las cercanías de Toulon. En los inviernos, los turistas que andan por la Costa Azul le veían pasear por allí, cubierta la cabeza con un legítimo suaza, bien envuelto en la jerga que llevó de la Sabana, y que seguramente le acompañó en su vejez y le consoló hasta el último día. Le consoló, sí, señor, porque la virtud principal de la ruana es su virtud consoladora.

---

## Las visitas

Las gentes de hoy, por muchos aspectos más afortunadas que nosotros, ignoran una cosa que los de otros tiempos conocimos y gustamos ampliamente. La visita, las visitas; la práctica del verbo visitar es algo tan extraño ahora en el orden social, como puede serlo en el de la zoología el dinosaurio y el mastodonte. Con el eclipse de la visita ha venido lógicamente el de la conversación. En el campo y en la sala la conversación, cuando no estorba, sobra. El golf impone el silencio; el bridge es un juego de cartujos. Antaño quien poseía el dón de la conversación, disponía de una superioridad efectiva. A la sombra de las tertulias se hicieron movimientos políticos y se cumplieron evoluciones literarias. Y es curioso observar cómo bajo el imperio del más intransigente individualismo la sociabilidad fue en extremo activa y eficaz, a tiempo que en estos días de cacareada sensibilidad social y de colectivismo (colectivismo porcino que dice Salvador de Madariaga), las gentes se aíslan más y más, y la obra social se mecaniza sin producir ni arte ni bienestar, ni nada que estimule

la inteligencia y provoque a la iniciativa. El anonimato colectivo y el Estado acabaron con la personalidad. Rodajes de una gran máquina, producimos en serie, vivimos en serie.

“Con la conversación y la lectura úno se consuela de todo... mème de vivre”. Cuando, años después de haber aprendido a leer, tropecé con esta frase de Flaubert, creí encontrarme con lo que debió de ser el lema de aquellas generaciones; de muchas de aquellas gentes que de niño veía yo entrar a nuestra casa, hacia el crepúsculo, entre la comida y la merienda.

A poco rato, una o dos de las señoras que habían llegado de visita se sentaban al piano a interpretar la música romántica de Schubert, de Mendelshson o de Verdi. Y al rededor del piano se iba cerrando el círculo. Lo que ha sido la chimenea para la zona templada, lo fue el piano para nuestras altiplanicies. A la luz de la chimenea se desarrollaba la vida familiar y social de la Europa que nos llegó en las novelas del siglo pasado. Carecieron los colonos de Santafé de este elemento de cohesión. Lo hallamos en el piano cuando, perfeccionado este instrumento, principió a importarse con verdadero frenesí para nuestras casas de Bogotá. Pobre o rica, bueno malo, muy pronto no faltó en ninguna de ellas. No era un lujo, era una necesidad, y su aprendizaje en las niñas estaba colocado por sobre todos los demás. Se era más o menos; se era o no se era, entre las señoritas, según la habilidad que se tuviera en su ejecución. Para traerlos a lomo de mula, de buey o de carguero, por los más infernales rodaderos, no se ahorran sacrificios. Las grandes marcas rivalizaban aquí como un timbre de aristocracia en los salones, quizá más, como una muestra de buena educación. Los Erhard y los Chickering, primero; luégo los Rachals, los Pleyel y tantos otros.